luis e. todd

pedro garfias

rebeldía creativa

ensayo poético

segunda edición
revisada y aumentada

Dr. Luis E. Todd

PEDRO GARFIAS

Rebeldía Creativa

Ensayo poético

Segunda Edición

Ampliada y Revisada

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MONTERREY, N. L., MÉXICO
2009

José Antonio González Treviño
Rector

Jesús Áncer Rodríguez
Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías
Alfonso Reyes 4000 norte, Planta principal
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64440
Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095
e-mail: publicaciones@seyc.uanl.mx
Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Segunda edición, 2009
© Universidad Autónoma de Nuevo León
© Dr. Luis Eugenio Todd

Impreso en Monterrey, México
Printed in Monterrey, Mexico

Dedicatoria

Elvira

Lucia

A las mujeres que han hecho de mi vida poesia, incertidumbre y alegria...

Isabella

Carolina

C O N T E N I D O

Prologo	9
Introducción a la Segunda Edición	19
Introducción a la Primera Edición	23
De España y la Guerra Civil	29
De Hastings	85
De Monterrey y la UNAL	95
Epílogo	141
Memoria de una Poesía	145

PRÓLOGO

LA PSICOPATOLOGÍA DE PEDRO GARFIAS

Dra. María Eugenia Rangel Domene

Se me pidió escribir un prólogo para el libro del Dr. Luis Eugenio Todd sobre la personalidad de Pedro Garfías, tarea nada fácil y aventurada de mi parte. Existe en el libro ***Viejos y Nuevos Poemas***, 1992, el mejor prólogo de Juan Rejano que se pueda haber escrito de él como poeta. El mismo Dr. Todd tiene un ensayo poético ***Rebelión Creativa*** de 1979, sobre él, de manera que con todo mi agradecimiento por esta distinción y por la entrañable amistad de muchos años con el Dr. Todd, recojo una retacería de recuerdos y algunos comentarios sobre la forma de ser del poeta.

Conocí un día a Pedro Garfías. Vino con Ernesto, mi hermano, a casa de mis padres: Ernesto Rangel Frias y Romelia Domene de Rangel, quizá en las postrimerías de su vida. Su presencia era estrujante, despojado de belleza física, sacado de algún catálogo de sueños.

Se sumió en el sofá, donde permaneció toda la tarde y noche. Me senté en silencio a oírlo, sin poder escucharlo, primero porque balbuceaba en voz baja y porque, siendo yo adolescente, no tenía el oído afinado.

Era la época de gran actividad intelectual, época de mi tío Raúl Rangel Frías. Doña Rosario Garza Sada y mamá sostenían ***Arte, A. C***; don Alfredo Gracia Vicente y su quehacer cultural, el Lic. Alfonso Rubio y Rubio, el arquitecto Manuel Rodríguez Vizcarra, Lic. Santiago Roel, entre muchos otros.

Ahora bien, ¿qué puedo decir de Pedro Garfías?

Para entrar en asunto de este prólogo, cabe señalar que, desde el punto de vista del psicoanálisis, no se pueden hacer interpretaciones de una persona en ausencia; sin embargo, deseo compartir algunas ideas y observaciones.

Mucho se ha hablado de la relación del alcoholismo con la depresión y la tendencia a la auto-destrucción.

Sabemos que Pedro bebía en forma consuetudinaria. Una nota de Luis Mario Leal, en el periódico *El Tiempo*, de 1967, en relación a su muerte, decía: "Puede decirse que Pedro empezó a suicidarse desde su destierro. Así se infiere de su dieta a base, casi, de alcohol"

Así que, partiendo de este comentario, introduzco la segunda aseveración común respecto a que los artistas, especialmente escritores y poetas, requieren de un alto grado de sufrimiento y angustia para alimentar su creatividad. Valga el subrayado de alimentar y se antoja preguntar por qué se suicidan más los artistas, y entre ellos, más los escritores, en primer lugar.

Sin intentar probar hipótesis de carácter científico, me limito a exponer que cualquier síntoma nunca es lineal y está multideterminado.

Las motivaciones son variadas y singulares. Se bebe por muy distintas razones.

De una manera muy general podemos decir lo mismo sobre los distintos tipos de depresión (sin contar los aspectos genéticos que predisponen a la enfermedad, y variaciones bioquímicas especialmente en la manía y depresión). La depresión se asocia con pérdidas de distinta índole: de una persona amada, del trabajo, la patria, la fortuna o la autoestima, entre otras.

Cuando se trata de la pérdida de un ser querido con quien se ha tenido una relación ambivalente, impide la elaboración de un duelo. El deudo se queda atrapado al no poder expresar el enojo y la agresión hacia la persona que ama-odia por los sentimientos de culpa que le despierta. Es entonces cuando dirige la agresión contra sí mismo y se deprime. En ocasiones lleva al suicidio.

Es indudable que los artistas tienen mayor propensión a la depresión y que hay mayor número de suicidas entre los literatos y principalmente entre los poetas. Los datos de estadísticas mundiales dan hasta cinco veces más que otras profesiones en algunos países como Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón, entre otros.

Aunque numerosos suicidios están enclavados en algún diagnóstico psiquiátrico, como depresión, sobra decir que muchos deprimidos no se suicidan y muchos de los que se suicidan no están deprimidos.

Una de las razones, entre los literatos, es que los artistas dan por hecho que una vida no examinada apenas podría llamarse vida. Van al fondo de las cosas y se encargan de mostrárnoslo. Son el ojo crítico y la ventana al mundo que anticipa y refleja la realidad. Viven, por su talento y sensibilidad, en el vértice de extremosos desfiladeros y pasiones. Son más vulnerables al Agon, lucha y agonía. La creación artística les exige soltarse de las amarras de la cordura, de donde emergen con su arte. Algunos, cierto, se quedan en el infierno.

Desde su soledad, el poeta, en contacto consigo mismo, necesita recrear sus experiencias, sentimientos; condensar en unas cuantas palabras e imágenes la esencia, que, siendo a la vez la de él, sea la de todos.

Esto no puede hacerse más que desde las entrañas, desgarrando el corazón, pues el poeta habla de dos grandes temas: el amor y la muerte. Por esta razón, creo yo, está más expuesto, desprotegido, a la intemperie. No debate sobre la ontología del ser a orillas del pensamiento, como el filósofo, sino se sumerge en la turbulenta corriente de la vida. Esto es verdad para Pedro.

No se cuáles fueron sus pérdidas originales, pero fueron numerosas en su vida de poeta.

Sin embargo, la depresión severa se roba hasta la última brizna de vida, con su rostro pétreo e inmutable no da cabida al menor goce, al menor deseo. El cuerpo se extingue, se desprende de las relaciones humanas. No hay aliento vital. Nada más alejado de Pedro Grafías.

Su carácter apasionado se resume en sus poemas a la tierra, a su patria, a la amistad, al encuentro, al dolor. Una poesía erótica aun ante la muerte. Recordemos ***De España Toros y Gitanos, 1983***.

Ahora bien, escogí tres temas que nos pudieran dar algunas pinceladas de su forma de ser. Pedro construyó con estas piedras angulares su gran monumento a la soledad: los viajes, la guerra de España y el destierro y su ingesta de alcohol, todo a través de su poesía.

Si seguimos brevemente su itinerario según lo relata su biografía: nace en Salamanca el 27 de mayo de 1901, a los cuatro meses lo trasladan a Osuna provincia de Sevilla, cursó el bachillerato en Cabra provincia de Córdoba, luego Madrid y en Andalucía. En 1923 vive en Écija con su familia, su hermana María y numerosos hijos.

En 1926 publica en Sevilla, ***El Ala del Sur***, de donde emergen su ternura, la caricia de su tierra, el deleite y el gozo familiar y la presencia de la mujer andaluza “color y ritmo de paloma”.

¿Serán estos primeros viajes los que determinaron posteriormente la búsqueda constante de una casa o de sus amores primigenios?

Del polo actividad –pasividad, eligió siempre el lado activo. Desde el ***Manifiesto Ultraísta*** de 1918, su entusiasmo por las Vanguardias, su participación en la revista ***Horizonte***, donde también publicaron Lorca y Alberti. La actividad con los compañeros de generación del 27, hasta tocar el fondo de la acción misma: la guerra. Ahí compromete la acción de la palabra y el cuerpo. Figuró entre los fundadores de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. En Córdoba fue Comisario político y en Valencia es el Comisario General de Guerra. Colaboró en las revistas ***Frente Rojo***, ***Hora de España***, y el ***Mono Azul***, entre otras muchas.

La guerra de España en 1936 fue un parteaguas. Pedro abreva en el dolor, apura la amargura, pelea brazo a brazo con sus hermanos republicanos. En su ser bueno, fundamentalmente como el buen pan, también peleaba con sus versos. Basta recordar sus bellos poemas en ***Poesía de la Guerra Española***, escritos en Valencia en 1937.

Cuando se pierde la guerra de 1939, se refugia dos meses en Inglaterra, donde empezó a alcoholizarse. De ahí ***Primavera en Eaton Hastings,*** el mejor poema del destierro.

A bordo del **Sinaia,** como parte del primer contingente de mil seiscientos veinte republicanos expulsados de su patria, acompañado de Margarita su, esposa, llega a México, su segundo amado hogar, en 1939.

De 1943 a 1948, la Universidad de Nuevo León lo acogió con un trabajo y la ciudad le dio un respiro de estabilidad. Viajero siempre en desorden, iba y venía: Torreón, Tampico, Chihuahua, Guadalajara numerosas veces, Veracruz, Puebla, Pachuca, México, Monterrey, y otras ciudades más.

¿Será por la pérdida de su patria por lo que anduvo 28 años errabundo por los caminos, quedando varado en algunos de ellos?

¿De quien huía?, ¿qué buscaba? o ¿qué quería encontrar?

"Va anheloso de compañía y de amor", como diría otro gran español, don Alfredo Gracia Vicente. Tal vez buscaba tender la mano a un hermano muerto. Tal vez la culpa de los sobrevivientes, ¡quién puede decir!

Encontró amigos y fue muy querido. No es de extrañar que sus libros estén dedicados a ellos.

Los encuentros eran su constante. Ernesto Rangel Domene, joven poeta en esa época, lo acompañaba en sus andares. Contaba la anécdota que por las noches, cuando iban al Bar Reforma, Pedro escogía la mesa donde no fuera a dar el sol. Gerardo Cantú recuerda de memoria, con emoción, sus versos y aquellas tertulias en su taller. Lo querían cerca "pero él no se dejaba", y se volvía a ir.

Ernesto lo dice en su poema ***La Rebelión de la Palabra*** de 1967, a la muerte de Pedro Garfías, en su estribrillo:

El vuelo tiene un gusto de comienzo
y de retorno…

Tengo en mis manos tres bellos libros propiedad de Ernesto, impresos en España, de ***Francisco Moreno Gómez: La última utopía, 1995; Pedro Garfías, Poesías Completas, 1996; Pedro Garfías, Poeta de la Vanguardia, de la Guerra y del Exilio , 1996,*** que rinden cuenta, con esmero y devoción, de toda la obra de Pedro Garfías, de los poemas perdidos y no recogidos en otros libros, de su biografía y su excelente calidad como hombre y poeta. Dos de ellos están dedicados a Ernesto Rangel Domene, por su colaboración en la redacción y por la dicha de conocer al poeta y difundir su legado.

Pedro nos ilustró su ausencia con su presencia andariega. Se pueden seguir sus rastros en las huellas casi de sangre. En su poesía, cada lágrima brota de un manantial oscuro. Con ellas, frágiles gotas, edificó en ladrillos tangibles, concretos, un monumento sólido a la memoria.

De su última etapa: ***De Soledad y Otros Pesares, Viejos*** y ***Nuevos Poemas, y Ríos de Aguas Amargas***.

Sus abandonos le hicieron regresar, tal vez, a la época donde no había lenguaje, sólo un hambre devoradora de afecto y compañía. Después llena con palabras quien tiene el don.

Pedro se refugió sin tregua en la literatura y el alcohol. Su tequila con "petróleo" de salsa Maggi sin duda mitigaba las penas. No obstante, indómito y turbulento, insistía en la acción.

Ahogarse en alcohol, valga el significado oral, implica morirse un poco, pero también en contraposición, para no morir del todo.

Yo creo que Pedro bebía para poder vivir, aunque la muerte venía por añadidura.

Esto que se puede afirmar de la depresión y el alcoholismo al que están más expuestos los poetas, no

se puede decir a la inversa. El sufrimiento, la angustia, no explican ni producen la creatividad. Hay muchísimos alcohólicos y deprimidos consumidos en un abismo de dolor y agonía, y sin ninguna capacidad artística.

El psicoanálisis explica los mecanismos y procesos creativos, pero de la obra de arte, del genio, del talento no da cuenta. Pedro Garfías, poeta cabal, de los grandes, es indivisible. Para hablar de él es necesario leer sus textos.

Pedro y la palabra, Pedro y el amor, Pedro y las pérdidas, Pedro y el alcohol son todo y una misma cosa: su poesía.

Pedro vivió y murió pobre. Nos dejó la gran riqueza de su obra.

Quiero retrodecer en el tiempo, tener el oído afinado, y tal vez hoy sea la oportunidad de volverlo a oír y la juventud lo escuche.

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

A veces los libros son como los buenos vinos tintos. Requieren maduración, tiempo, buen cuidado, y una bella imagen que represente por sí misma la esencia y el mensaje que cada autor, en uso de la facultad cognoscitiva que sólo los seres humanos tenemos, imprime en un texto determinado.

Hace muchos años, para ser exacto en 1979, en un momento crítico en mi vida como rector de la universidad, y con una fractura emocional interna, me aventuré a hacer algo que no había hecho desde que era niño; me refiero a incursionar en el mundo maravilloso y excelso de la poesía.

Durante un viaje clandestino a Suiza, donde me encontraba por razones de seguridad -en esa circunstancia histórica de conflicto universitario y por el asedio de seudogerrilleros a la institución y a mi persona- tuve la nostalgia y el lamento de buscar en el romanticismo histórico de mi propia vida algún sedante que aplacara miedos y angustias que esa época cruenta de la universidad y de mi vida personal escindida me habían provocado. De ahí nació la génesis de esta aventura empírica y con la auto conciencia de mis limitaciones

personales en este género tan sintético y complejo y bello, que es la abstracción poética en donde las palabras no se las lleva el viento, sino que pesan, se sedimentan y permanecen.

Iluminado por mí espíritu práctico y el realismo que la formación médica me han proporcionado, quise apoyarme en algún bastón de férrea madera bien probada en avatares y pesares pretéritos. Y utilicé para mi inspiración y para que mis palabras escritas tuvieran un marco de referencia sólido, la poesía de un gran español, que, a la vera de Federico García Lorca, Miguel Hernández y otros grandes poetas de la Guerra Civil Española, vino a México donde vivió, sufrió y murió, y con su muerte llegó a la inmortalidad, en nuestra ciudad de Monterrey. Me refiero, por supuesto a Pedro Garfias, que, según León Felipe, fue el mejor poeta español que ha venido a México.

Este pequeño libro fue editado con el apoyo de la universidad, en mi época maravillosa de rector del alma mater que me dio raíces, carácter y entereza, y encuentros culturales que forman parte de mi vida plena. Se hicieron muy pocos volúmenes de esta edición y se pusieron a la venta con el minúsculo mercado de sólo cincuenta de ellos, que recibieron la aprobación y el pago comercial correspondiente. El resto fue obsequiado a los amigos y compañeros de esa época universitaria, quizás la penúltima o la postrera del romanticismo conflictivo de

una universidad con ansias utópicas de resolver la problemática social del país y del mundo.

Actualmente, al revisar ese texto y con la autocrítica que forma parte de la edad y el autoanálisis del verdadero valor de lo que uno hace, me gustaron los textos poéticos quizás más de cuando los hice en el siglo XX y decidí, con la insistencia y colaboración de siempre del Lic. Juan Roberto Zavala, imprimir una nueva edición actualizada, aumentada y revisada de este documento, al que para agregarle un plus de recuerdo histórico y calidad literaria, se acudió de nuevo a su recuerdo de hombre generoso, complejo, sufriente, pero que con la belleza de su verbo y de sus letras puso a nuestra universidad y a nuestra ciudad en la geografía internacional de las letras. Eso hizo Pedro Garfias y hay que volver a reconocérselo.

Acudimos de nuevo a la madre generosa que es la universidad, ahora dirigida por José Antonio González Treviño, y lanzamos este viejo pero actualizado libro del prohombre que mostró que aun en la aridez de la sociedad industrial de aquella época se pueden encontrar perlas de la comedia humana que inspiran, que seducen y que motivan a las grandes ilusiones que el poeta compartió con el gran rector de todos los tiempos, Raúl Rangel Frías, y con Santiago Roel, Francisco Cerda, Ernesto Rangel, Francisco Calvi, Gerardo Cantú y todos los artistas del taller de artes plásticas, como Ceniceros, Águeda Lozano, Ríos, Cavazos y con hombres de letras

como Alvarado, Covarrubias, Reyes Aurrecoechea y otros que escapan a mi memoria, pero que forman parte de esa generación del “boom” cultural que en aquella época tuvo nuestra universidad.

Espero que este libro tenga la piedad de los juicios y que muestre, en el recóndito refugio del recuerdo, algo de mi personalidad universitaria. Ésa de la que siempre he estado y estaré orgulloso.

INTRODUCCION
A LA PRIMERA EDICION

Hace ya pocos años en el recuerdo, porque decir muchos sería alejarnos de su figura, vino a estos lares un verdadero poeta del sentir, que además fue un hombre bueno. Su inquietud dio germen a una vida en conflicto con la realidad y por lo mismo triste; sin embargo, su sensibilidad produjo una enorme creatividad que fue fruto de su soledad y de su propia contradicción en el arte existencial del vivir.

Pedro llegó a Monterrey con raíces en España y algunas antesalas en Guadalajara y en la capital. Era un viajero inquieto y había hecho escala en Inglaterra también, pero su raíz veníá de Salamanca, Asturias y Andalucía.

Aquí produjo asombro por su inteligencia y también sentimientos por su poesía. Era bueno y siempre quiso seguir siéndolo y con su brillantez desarrolló una poesía que era el cielo en este infierno.

Como hombre dicen que tuvo grandes debilidades, pero como dios de las letras fue admirado y su creatividad se impregnó a veces en los libros, pero otras ocasiones en su propio dolor.

Vivió en Monterrey que era la cuna de la industria y del realismo y, a pesar de ese ambiente tan práctico, fraguó

como en el acero su mejor poesía y luchó siempre por conservar su muy personal verdad; rompió su mente y fracturó su corazón en la penumbra de nuestra sociedad mundana y por eso prefirió oscurecer su conciencia y así obnubilar su gran necesidad de soledad.

Encontró mentes abiertas y buenas con espíritu bohemio e inquietud por el verbo y por las letras. Personajes como Rangel Frías, Gracián y Roel le ofrecieron trabajo, pero él siempre negó aceptar esta representación convencional. En esa forma, Pedro paseó su figura por Monterrey y nuestra universidad y dejó entre nosotros su imagen, su fuerza y su dolor. Él nos dio muchos ejemplos de cómo vivir para el mañana trascendente y de cómo expresar el sentimiento, pues siempre se alejó de la voz del quehacer futil de producir bienes y servicios.

Pasó y dejó muchos recuerdos, muchas imágenes, muchas anécdotas y también grandes sufrimientos. Aquéllos que convivieron con él están unidos en la interpretación de sus expresiones poéticas y lo recuerdan como un hombre bueno que amó el reflejo del pasado. Pedro Garfias nos legó la poesía, la melancolía y el amor; y Monterrey le respondió con escepticismo, frialdad y resquemor.

Sin embargo, el tiempo pasa y la historia siempre convierte en ideal lo que sólo fue real. Por eso ahora, en nuestras conversaciones y en el contacto de nuestra intrascendencia, en la frivolidad de nuestro vivir, lo recordamos con gran lealtad. Porque si bien somos lo que

somos y no podemos dejar de serlo, al final somos leales y honestos para el recuerdo y reconocemos el valor de lo humano.

Garfias tuvo la fuerza de impactar en nuestras propias costumbres su verbo y pluma, y dejó huella en nuestra universidad y en nuestra ciudad.

¿Fue Garfias un bohemio fútil e incierto? No, gritamos; fue un hombre valioso y bohemio. ¿Es la bohemia una tristeza encumbrada que destruye? No, es la angustia y la incertidumbre del no poder ser. ¿Es la vida fácil del tomar y el querer? No, es la difícil de amar y verdaderamente ser.

Anecdotarios pasan, van y vienen; hombres conocieron su hirsuta cabellera y su tozuda faz; muchos lo oyeron, casi todos lo quisieron y ahora toca a la universidad el pago justo del precio, porque en su historia Pedro nos incluyó.

De España han venido muchas cosas: vinieron los conquistadores, la poesía hispana y parte de nuestra civilización. Vinieron también la filosofía, la religión y todo nos hizo parte de su propia historia.

Como meteorito perdido de este cometa cultural llegó Garfias y aquí se arraigó. Fue libre y tuvo ritmo en su quehacer; fue matemático en su poesía, y dijo lo que tenía que decir. Estoy cierto, de vivir él, agradecería esta expresión de nuestra propia soledad.

Ha mucho tiempo que él murió. Dicen los médicos que la psoriasis incitó a la terapéutica y la iatrogenia produjo el pesar; porque no era igual tratar a un ser humano normal, que a Garfias con aquel hígado tan y tan doliente. Así, el incipiente uso de las armas del dolor produjo la muerte de un gran poeta de nuestro tiempo y cerró todo su amor. Murió en un hospital universitario. Ahí cerraron los ojos su poesía, su bondad y su inquietud. El mundo siguió adelante, porque es frío y cruel y nunca retiene permanentemente una esperanza; ya que al finalizar con todo, empieza siempre con algo nuevo. Por eso el recordar es como un revivir y un nuevo cambiar.

Esta introducción quizás poco diga, y sólo trate de enseñar por qué se hizo este libro, el cual no tiene una razón en el mundo de lo lógico, pero tiene clara explicación en el mundo de la emoción. Ahora que todos luchamos por conseguir más y sentir menos, volvamos el recuerdo hacia quien sintió mucho y consiguió poco, agradó a muchos y sufrió, con su entereza solitaria, la realidad de su propio destino.

Hoy, todos quisiéramos sentir; qué difícil es esto, qué dura es la armadura que la sociedad nos ha impuesto, qué poco claro es el futuro, qué incierto es el destino y qué dura es la cruenta realidad, qué fealdad en el sentir humano y qué difícil nuestra propia comprensión. Ahora que todo el mundo quiere ganar, triunfar, derrotar a otros y sobre todo enriquecerse, es bueno el grito en el desierto que lanzamos, porque Garfias es el escudo en un nuevo vivir

enhiesto, donde se destruya nuestro resentimiento y se aclare la luz de nuestra propia soledad. Deseamos que ese blasón de verdad que Garfias sembró, produzca belleza y paz para nuestra pequeña sociedad.

Esta introducción quizás no diga nada para el que no quiere escuchar nada y diga algo para quien quiera sentir algo. Haberlo hecho en distinta forma, habría sido traicionar el destino y el origen de nuestro pensamiento; porque en última instancia, al final de todo, ¿qué importa lo que todos presumen si no tienen la verdad?; ¿qué importa que todo se olvide?, ¿qué puede producir sólo la ciencia, o la técnica, hija de aquélla, si no hay poesía para recordar y sueños para poder vivir?

A Pedro Garfias dedicamos lo que él nos inspiró y que produjo el grito que nos hizo despertar y logró sembrar la semilla que todavía no trasciende, pero que tiene que acabar con nuestra soledad.

A ella lo imaginario, lo fantástico y el favor de crear una indisciplina en nuestra mente que impida vivir sólo con nuestra realidad.

DE ESPAÑA
Y
LA GUERRA CIVIL

La Libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra y el mar encubre; por la libertad, así como por la honra, se puede aventurar la vida. (El Quijote).

DE EL ALA DEL SUR

ROMANCES

Es en estas poesías en donde sobresale su lucha interna, que se permuta con el ejemplo en la “Elegía al Viento” y en donde se observa la sinrazón del conocimiento.

Así, el viento corre, lucha y se siente atado
y después se abre paso y emerge
como una nueva anunciación
hacia nuevos y claros “cauces abiertos”.

Este viento que emerge de su pensamiento
es el mismo que en su rebeldía natural, inconsciente,
lucha por la grandeza y lucha también por la amargura;
porque ésta que es su realidad
lo ata, lo frena, lo inhibe y sin querer
lo hace mundano.

Este viento es el mismo autor en su soñar continuo,
ese bosque es el mismo mundo que lo vigila,
y así, todo lo anterior plasma su realidad
y produce un sentimiento.

Vuelve otra vez en esa cabellera blanca
el reencarno del viento
que desgarra y, oprobioso,

Don Pedro Garfias Joven,
por Gerardo Cantú.

trata de ser desleal
con la naturaleza virgen
que en esta su poesía
se representa con la lluvia
siempre femenina y siempre respetada.
La cual huye con gracia, timidez,
pero también con entereza
de la acción que el viento quiere desgarrar,
y a este brutal intruso
él le llama sátiro
por considerar
que la lluvia es joven y bella
y el viento es viejo.

Así se explica y se admira de nuevo
el respeto
a la presencia de la naturaleza virgen
y el rechazo de ella
a lo que trauma, a lo que ofende,
a lo que rompe y a lo que desgarra,
porque todo esto inquieta a la naturaleza
y así de nuevo la poesía,
más que un romance, fue una huida,
más que una comedia, esto fue una tragedia.

Del viento y de la lluvia
nace ahora su mejor poesía
que expresa la juventud
en la aurora, que, al cantar desnuda,
emerge como una fantasía.

Sintiendo a Asturias.- Entre España y México fue un libro del autor en que reitera: Asturias, si yo pudiera si yo supiera cantarte... Asturias verde de montes y negra de minerales.

Sufre así ella la brusquedad
y lucha contra lo antipoético
que representa la vida misma
que nunca quiso ver Pedro Melancolía.

Se goza en la dicción literaria
un brutal encuentro de la aurora
con los rayos del sol
que, como perversos intrusos,
encienden fuego a un bosque
y matan la aurora virgen
que, luchando libre, enhiesta y sublime,
como él dijera,
“loca de llamas, consume sus arrebatos”.

Es así como la expresión poética
se eleva al marco de lo épico
en un romance que parece del Olimpo
tan claro, tan puro,
que sucumbe ante el brutal encuentro
con ese sol que quema,
que deslumbra, y que al fin
consume y destruye
toda su espontaneidad y lo hace cruento.

De nuevo otro ejemplo
de su naturaleza,
que siempre representa
la inquietud de su vivir

Osuna. Localidad de la provincia de Sevilla, donde Pedro Garfias pasó la mayor parte de su infancia.

y su propia soledad
en busca del rumbo incierto.

Todo lo ejemplifica con ese caminar
lento, gradual y pesumbroso,
con esa magnífica incomprensión,
que enseña todos sus lamentos,
que son siempre bellos y veraces,
pues, al fin, son lamentos poéticos de su corazón.

Con su soledad y su naturaleza intrínseca,
que lo hizo vivir,
forjó un deseo de trascendencia
que lo asustó
y entonces él buscó lo que llamó
“un pastor, por favor,
para mis soledades”.

Cuánta simpleza, cuánta sencillez,
cuánta grandeza
reconocer la necesidad de un guía
para conducir lo único
que triste siempre tenía sólo para él,
el faro de su melancolía.

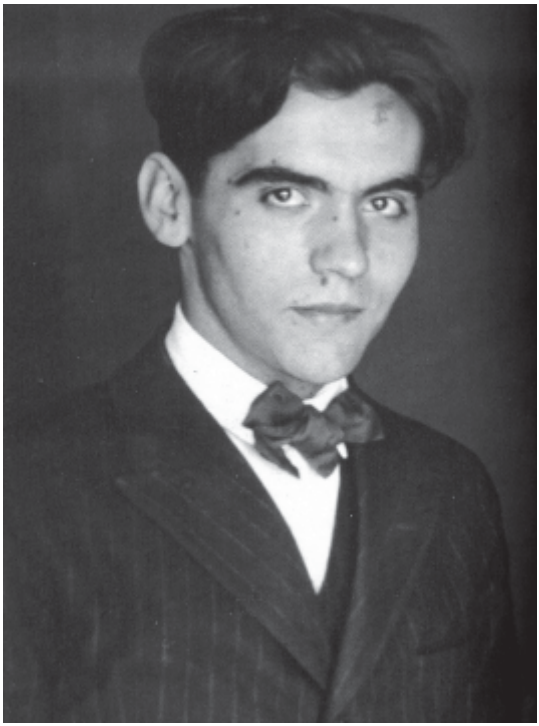
La Guerra Civil Española asoló la Madre Patria durante tres años. Se determinó la Segunda República y nació un régimen dictatorial fascista que duró treinta años. Ahí murió fusilado, y cuyo cuerpo todavía no se recupera, el gran poeta español Federico García Lorca, contemporáneo de Pedro Garfias y… dicen los críticos que Pedro estaba destinado a continuar esa bellísima escuela de las letras de tan tormentosa época. Él tuvo que emigrar. México ganó su poesía, y España perdió un héroe de la revolución y de las letras.

DE POESIAS DE LA GUERRA ESPAÑOLA, LOS ESCOPETEROS Y OTRAS…

De la naturaleza expresa
a la selección de un recuerdo vivo
y así un reconocimiento
a la lealtad, a la nobleza
y a la gran bondad
de esa sinfonía española inconclusa
que para él representó
la Guerra Civil y su tristeza.

Tocó entonces la suerte a la guerra
de sentir su hablar y su llorar
y así él llamó a Los Escopeteros,
representantes de la lucha
de esa minoría
que en vano trataba
de enfrentarse a su propia metralla
y así moría
ante los soldados del gran dictador.

De nuevo en Garfias
la tragedia
y el fin buscado de su propia muerte,
con esa frase
que es lánguido lamento de su interno sentir,
donde él dice,
mirando a la tierra,



Federico García Lorca. Gran poeta español, contemporáneo de Pedro Garfias, asesinado por el Franquismo en Visnar (Granada) el 18 de agosto de 1936.

ella representa lo que siempre se busca:
“esa verdad que sólo se encuentra
con la propia muerte”.

De la naturaleza pasa a la guerra,
pero él continúa con su confrontación
entre lo real y lo sublime,
pero siempre con la idealización.

Porque en esta partida
que en el Capitán Ximeno se expresa,
se observa ya
la cara del niño sano
que representa esa bondad
y que emerge
en la mirada azul
de su interna realidad.

Y luego la tragedia de siempre,
así en su vida y en su dolor,
el buen soldado,
el niño bueno,
viaja hasta la muerte,
porque ella está enfrente
y tiene que confrontarla
sin mirarla de frente.

Entonces la mirada inocente
choca con la actitud imperial
propia de esta guerra;

Hombres de la laguna, duros como la tierra; españoles de España, de Asturias, de León vascos de ojos azules; montañeses de acero, españoles hermanos, dejad que os diga adiós. Estas palabras las pronunció en la bella ciudad de Gijón, mirando al mar y flanqueado por las montañas.

y la espontaneidad de esa mirada azul
del Capitán Ximeno
se vuelve una ilusión.

Muere con el reconocimiento final
que dice:
él es un Capitán
“de la cabeza a los pies”.

Parlamento del Principado de Asturias. Una de las poesías más conocidas de Pedro Garfias es “Asturias”. Ha llegado a ser considerado como el segundo Himno Nacional de ese Principado.

DE ASTURIAS A MÉXICO

C A N T A R E S

Vuelve nuestro hombre
de las barbas blancas
y el recuerdo triste
a pensar en sus obreros,
en sus cárceles
y otra vez en su muerte.

Lucha entonces contra la cobardía
en aquella Asturias
que como él llamó
“fue hija de él mismo”.

Aquí de nuevo,
otra vez como siempre,
describe esa injusticia
del que trabaja.

Ese sinsabor
del que tiene que estar en su cárcel,
esa tragedia del hambre
y esa verdad
de la tierra a la que desciende
y de la que germina
una nueva y propia libertad.

En ese lugar se discutieron todas las ideas de la época: el comunismo, el gran anarquismo, los carlistas amantes de la monarquía, la importancia del estado laico, el radicalismo de la derecha, el catolicismo activo político y al fin los falangistas. También Rusia y Alemania la utilizaron como campo de experimentación, para posteriormente iniciar la Segunda Guerra Mundial.

Ese temor a la angustia postrera
que siempre tuvo
y que al final llegó,
es el reflejo ocaso de esa vida
que permitió probar junto a su razón
la verdad de su lejanía
que escindió su corazón.

Todo Garfias lo expresa con dolor
en esa dulce, rítmica melancolía
que al fin todo viene y todo pasa,
y sólo así alcanza un horizonte azul
en esta nueva dimensión.

Por lo tanto,
lo gris quedó atrás
y llegamos y buscamos de nuevo
la grandeza del monte,
llueve y hace viento
y todo es real,
pero al fin triunfa la verdad
y no la realidad.

A ti, Pedro,
que buscabas la verdad,
deséote que se haga gris tu realidad;
a ti, que luchaste
en la mente y en la acción
por los obreros,
por las cárceles,

Pedro Garfias, por Guillermo Ceniceros.

por la guerra
y por la injusticia,
esperamos que todo el monte
en que cantabas tu soledad
vuelva de nuevo
en ese viejo y dulce compás.

LIBERTAD!
F.A.I.

PATRIA

Ahora se observan
las añoranzas de su soledad
que se expresan en la frase aquella:
“Déjame mirarte bien,
que quiero llevarme dentro,
para mil eternidades,
tu recuerdo”.

Bruscamente, sin aviso,
se abre su gran sensibilidad
y recuerda la razón de su huida
de la que fue siempre su patria
y que pronto invocará
en su propia soledad;
de esta Guerra Española
vuelve entonces él
a recordar…
“Bajo la metralla bullen las mujeres,
bajo la metralla los hombres trabajan;
bajo la metralla descansan los viejos
y los niños juegan bajo la metralla”.

El pensamiento nostálgico
y la guerra interna de su vida bohemia
reflejan lo que para él fueron
“las quinientas noches en vela
como montañas de plomo

Por esa libertad murió García Lorca a manos de Juan Luis Trescastros Medina y un pelotón de fusilamiento del futuro dictador. Sus restos, que no se han encontrado, se dice están en el Barranco de Visnar desde el 19 de agosto de 1936.

intoxicando su mente”
que hablaron de ese insomnio
y de ese pedestal de escombros tardíos,
del dolor por su partida
y del Madrid al que espera regresar
y el que también lo espera y espera
“por encima de sus propios hombros”.

Otra vez un nuevo cantar,
como si fueran ahondándose,
más grandes,
esas distancias entre la España del sueño
y el futuro melancólico
de su viaje a México.

De nuevo el lamento.
En su Oda a España,
se ve su lánguida tristeza
y su innato deseo inconsciente.

Lo anterior
llevóselo toda la vida guardado
sobre el futuro destino
presente de su propia muerte.

“Siglos y siglos me empujan como olas”,
dice él,
“Pero enfrente no hay nada: la muerte y nada más
que la muerte”.
Y ése fue su verbo que cruzó la esencia

Guernica después del Bombardeo. En 1937 Alemania e Italia realizaron un ataque aéreo a la villa de Guernica, durante la Guerra Civil Española.

de la historia española en su mente
que siempre quedaba atrás
o que cruzó apenas la frontera
como aquellos verdes ojos frágiles
y dijo entonces:
“Nadie puede fingirte ante mis ojos duros”.

Porque se dice y se expresa
que hay tanto que describir
y tanto en este mundo que compensar.

Toda la tristeza que él tuvo
siguió adelante con su lejanía
y así su Madre España
fue siempre recordada en su soledad
con pesares que habitaron
y ruido que ya no existía.
Esto fue a veces Támesis,
otras veces Sena,
donde puede haber gente
o donde no existía,
por lo que siempre hubo,
esa soledad presente.

Esa fuerza sola y gris
que todo lo cubre
y que todo lo esconde,
como una nube que esparce
pero que al mismo tiempo aísla
como algo que comunica
pero que no quiere formar parte real.

A García Lorca lo lloraron Dalí, Buñuel, Hernández y todos los amantes de la poesía. También lo lloró Pedro Garfias, según muchos su sucesor, y ese gran poeta terminó en el exilio; pero nunca olvidó la Guerra Civil, que él continuó internamente, consigo mismo, hasta el final.

Así se esconde todo
y se regresa
a este mundo del silencio
en donde más que gritar se escucha
y más que sentir se llora.

Surge así la voz de Pedro Soledad
que entre España y México
bordeó su esperanza
y remembró un pasado,
llorando así una pérdida
y alentando un futuro.

Bohemio siempre,
poeta al fin,
compensó con sus palabras
y con su pensar
lo que tenía que aceptar:
su triste derrota final.

Sin saber llorar
sólo lamentó,
de ahí la languidez de su poesía
cuando dice:
“España presente en el recuerdo
pero México presente en la esperanza”,
y añora volver
e insiste:
“Y tú, México libre, pueblo abierto
al ágil viento y a la luz del alba,

Antigua Catedral de Salamanca. El poeta Pedro Garfias nació en la bella ciudad de Salamanca el 27 de mayo de 1901.

indios de clara estirpe, campesinos
con tierras, con simientes y con máquinas;
proletarios gigantes de anchas manos
que forjan el destino de la Patria;
pueblo libre de México”.

Su esperanza de lo que España no pudo ser
la trasmite a lo que México
tampoco ha podido ser
y entonces
se enseñorea con la frase
de los indios de clara estirpe
y habla de toda la estructura revolucionaria
que mentalmente le acompañó
y que nunca pudo practicar
aquí como lo hizo en España
combatiendo en el mismo frente.

Voltea hacia lo nuevo
y expresa:
“Eres tú esta vez quien nos conquistas,
y para siempre, ¡oh, vieja y nueva España!”,
como si quisiera que una nueva conquista
olvidara lo que nunca pudo olvidar,
lo que quizá nunca ningún español olvida.

De Castilla, donde fue,
a Andalucía, de donde quiso ser;
de Madrid, a la que admiró,
a Salamanca, donde estudió;

Los hombres, como castillos; igual que almenas, sus frentes, grandes murallas sus brazos, puertas que nadie penetre. Con esta frase de Rafael Alberti, amigo de Pedro Garfias, se entiende la reacción fascista de 1936 a los grupos de izquierda reunidos en el frente popular. El idealismo y el romanticismo de la época unieron en contradicción a republicanos, comunistas, trotskistas, anarquistas, y todo culminó con la represión. En ese ambiente nació la poesía de Pedro Garfias.

de lo que no pudo terminar,
porque para él las formas no existían,
y lo que terminó con él:
fue su soledad que un día
se hizo ausente.

De todo eso Garfias nos desborda
cuando, mirando a la lejanía,
no concreta su pensar sombrío
en lo que estaba cerca
y distante a la vez.

Su pérdida de España
y su nuevo alumbramiento en México,
produjo languidez, melancolía,
tristeza y soledad.

Esa soledad que Gracia describe
como de su propia estirpe
de trans, pre y post humanismo;
la soledad que define,
que existe,
que es siempre igual
y que se convierte al fin
en Pedro Garfias
único e inolvidable
y vivo en la poesía
del romanticismo.

Stalingrado. Aspecto parcial de la ciudad de Stalingrado en 1942, durante el ataque del ejército alemán para posesionarse de la ciudad.

LA REVOLUCIÓN, DE DNIEPROSTROI A STALINGRADO

En este libro que Garfias escribió
o quizás dictó y bien pensó,
nosotros vemos la revolución.

“No eran grises ni opacos, ni color de ceniza
como son, como han sido los obreros del mundo.
Desde aquí, desde arriba, desde el sueño y la gloria
eran todos azules”.

Aquí su pensamiento bondadoso:
“eran todos azules”,
trabajaban -dice- y cantaban
y la presa era como un susurro
porque era el cambio del obrero cansado
“la alteración del lecho de infinita amargura”.

Pero de repente
la noche como siempre viene sobre el día,
se incendian las mieses y se enlutan las praderas
y brota sangre y las piedras deben cuartearse
y el hombre destruye lo que crea
y aquí repite su mismo pensamiento
“¡Hay que volar la presa!”.

Y dice entonces Garfias con coraje:
“Fueron manos de obreros las que hilaron los cables,

Tomó parte en la guerra civil, en el bando republicano; fundó la alianza de intelectuales antifascistas; tuvo un cargo en el comisariado general de guerra, y siempre colaboró con su verbo y sus letras. El libro Poesías de Guerra, así como Héroes del Sur, muestra siempre su melancolía; me refiero por supuesto a Garfias, el poeta fue parco en su alegría.

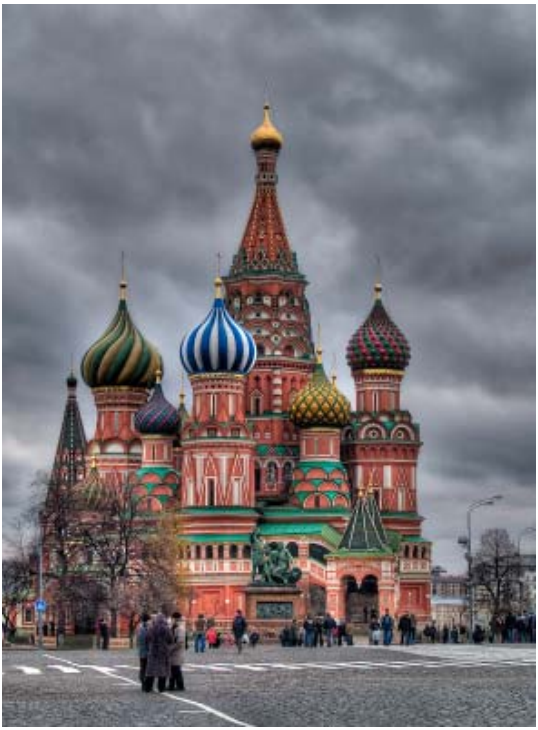
fueron manos de obreros las que hilaron la muerte…”
pero no tembló la mano, quizás tembló el mundo,
pero se hizo la explosión
y se justifica con la poesía
sin que yo entienda
el sentir de esta destrucción.

Se hizo la explosión
“Y fue como una aurora
que pariese la noche con dolor”.

Incongruente con el sentir y el pensar real
pero justificado por su expresión
en esta época de la revolución
¿destruye Garfias una presa?
¡Claro que no ¡

¿Justifica un acto en contra de su propia
y natural creación?
¡Claro que sí!

Pero ¿qué es entonces la vida de los hombres?
¿Es perfección o es corrección?
Aquí nuestro temor,
aquí nuestro sentir,
la presa nunca debió morir,
quizás nunca debió vivir…
De una gran ciudad
el poeta expresó un gran sentir
porque hubo muerte y hubo vivir



...donde no habrá lágrimas,
dulce utopía,
donde los jóvenes bailarán en sus plazas.

pero también pesadumbre
y también morir.

Stalingrado, dice,
es el lugar donde
“¡Nadie sabe cantar de vuestras almas!”,
pero también dice:
“abajo están, en los cimientos trémulos
la honda noche redonda”…

Sueña entonces con una ciudad del mañana
donde no habrá lágrimas,
dulce utopía,
donde los jóvenes bailarán en sus plazas
dulce y transitoria realidad,
donde no habrá lágrimas, repito,
triste y fina ironía,
porque más que esa estrella fiel
que se menciona,
la realidad y el dolor y la conquista
terminan con su sutil melodía.

Aquí se menciona a Stalin
y se repite lo que se llama
el Cantar a Stalin,
donde él sacrifica la sensibilidad por la revolución
y lo momentáneo por lo ideal
porque no tiene nada que ver la tierra
que llora sus árboles
y sufre por su muerte,

En sus ansias poéticas por la libertad de España, llegó a creer en la utopía increíble de la honestidad intelectual de Stalin, y con su amigo Juan Rejano, que fue su prologuista, encontró la decepción como fuente de inspiración. Estuvo un tiempo largo en un campo de concentración; ahí se hizo amigo de la muerte.

por la soledad de una pobre aldea,
y de esa “presa levantada a pulso”.

Y repite:
“Y José Díaz muerto, muerto y vivo,
porque la guerra dura todavía”,
pero olvida pronto nuestro poeta la tragedia
y va al olivo y va al trigo,
y a la melena y a los hombres que lloran
y que sienten.

Y recuerda a Sevilla
y de punta a punta recorre España
y triste mira y se pone descolorido
pero no es más que el mismo hombre sensible
porque dice:

Señores, ha muerto José Díaz
rodeado de muerte, ha muerto
en nuestra Rusia, que fue de él,
bajo un sol que al fin siempre sí brilló.

En esta Elegía a la Presa
se observa la lucha de la revolución
contra la contradicción,
el sentimiento y el pesar
contra la creatividad.

El dolor y el amor
contra lo siniestro de la destrucción,

Campo de Concentración. Guardias, soldados y heridos entre las alambradas de los campos de concentración franceses para refugiados.

de la presa que vuela
a un hombre que en la historia
casualmente acarició el final,
un obrero que termina con una presa
que rompe los vuelcos de toda tradición.

Aquí se expresa Pedro Garfias,
poeta, revolución y contradicción,
hombre justo, noble,
que fue todo lo que quiso,
menos lo que pudo ser.

Manolete, uno de los grandes toreros de todos los tiempos.

NUEVOS POEMAS
A MANOLETE

Lo mismo sucede en lo que él llama
Coplillas a un poeta muerto.
Camina solo.
Tuvo mar, tuvo un bote,
pero no le cuajaron sus sueños
y se fue, dice, por donde vino
“con un fuego de vino
quemando su quimera”.

Reinsiste en el tema, fondo de su cuestión,
y añora:
“Fue tan triste su suerte,
vivió tan solo y viejo,
que ni su propia muerte
acompañó el cortejo”.

Pero se fue, camino
derecho al destino
“con su vida en la mano”.

Aparece ahora una poesía
de indescriptible soledad,
de profundo y grave hartazgo
y de lejanía
y se llama: Y bien…
y juega con la muerte

Apuntes sobre Garfias por Guillermo Ceniceros

y dice que aquí está muerto
que no siente el pulso quedo
y que tampoco siente el silencio,
y la frase clave:
“Mis ojos están hartos
de no encontrar el cielo”.

Y de nuevo su rebeldía:
“¡Y no me llames más
porque no me despierto!”

De la profunda angustia
que genera y crea
lo sombrío,
pasa la comparación en los versos
al mar de Veracruz
a quien señala distinción
y le dice “igual que yo”.

Y regaña la vanidad
que el mar siente
en su grandeza
y le dice que no ha pensado nunca,
que su aliento no apaga ni la llama
de una flor o un suspiro.

Lo compara con él mismo,
puesto que le pregunta:
¿A dónde vas? Vas igual que yo al mismo sitio
pero te quedas a mitad del camino.

La Cornada de un Miura. El 28 de agosto de 1947, durante una "corrida" en la Plaza de Linares, España, Manolete murió por una cornada que le asestó un miura de nombre Islero. En la foto, tomada ese día, los asistentes lo conducen a la enfermería.

“Corre a la Patria mía”
le pide a ese mar que regaña,
y dice:
“mar látigo y bandera”.

“Roan sus costas tus dientes de sal…
Devora el accidente,
que las esencias permanecerán.
Golpea sobre España, pecho y frente,
¡y abre sus puertas a la libertad!”

Ahí queda el poeta,
en un mar que es él, pero que no es de él,
que tiene valor pero que tiene vanidad,
tiene incertidumbre, ahoga la pena,
pero la conserva y le hace sentirse mal.

Ahora de nuevo el mar, la lejanía,
los versos a un libro
a un pequeño vigía
la vida a un cementerio
sin la luz del día.
El amor ahí queda
para él siempre
y sobre todo para su juventud doliente.

Y el dolor impasible, sereno,
enseña sus sienes
en una sola e hiriente soledad
y todo esto es la poesía de él
y de siempre.

Reflejaba el mar para Pedro
su soledad,
pero en pago siempre le dejó
el fin y la eternidad.

DEL MAR Y DE LA CIUDAD

Recuerda con gracia y extraña viveza
la fortaleza y la plaza del Zocodover.

Su luz y el paisaje
de aquel lejano Toledo
incluye la ciencia de su descripción.

Abandona pronto la rigidez del romance
y vuelve de nuevo a comparar el mar.

Lo hace enardecer con su corazón adentro
y lo tranquiliza la presencia de un recuerdo,
tiene mucha sed y del mar quiere beber
y al fin voltea hacia abajo su ojos
y prefiere en él morir.

Reflejaba el mar para Pedro
su soledad,
pero en pago siempre le dejó
el fin y la eternidad,
su bondad jamás permitió
llegar a la realidad.

Vive pronto una gran ciudad,
a ella le canta
y entrega parte de su gran pesar,
no lo satisface y la convierte en quimera

Zocodover. La plaza-mercado Zocodover, corazón de Toledo, España allá por los años 30 del Siglo XX.

en donde ve desde una plaza
una sierra agreste y cruel.

Se aleja y nosotros con él
al campo que tanto anheló,
juega con las palabras
como jugar con la hierba,
hace al árbol sonreír
y a la montaña meditar,
nos muestra las flores,
los frutos y los pájaros
y hasta las estrellas
ante su orden de sonreír.

Su paso es lento en su campo
y en su viento,
se queda solo con su cielo
y a él su amor declara,
la montaña solloza y tiembla
porque hasta ella tiene que pensar.

Con la estrella
nuestro hombre le exige más,
la hace vagar en la sombra
y en el día la despierta,
la hace también luchar contra el viento
y al fin la abandona
a la propia luz del día.

Fugaz corre alejándose
al árbol que le sonríe

Mercado de las Bestias. Durante muchos años Zocodover fue la plaza-mercado de las bestias de la ciudad de Toledo.

marca de bondad al sol
a la lluvia y hasta el viento
al que ennoblece con sienes blancas
y pupilas yertas,
así lo hace viejo y lo humildiza
y de esta manera lo obscurece
y le marca su horizonte.

Deja entonces nuestro hombre
a las ramas que de los árboles caen
como últimos libres despojos del horizonte
y regresa a los demás
al lecho de la propia muerte.

DE HASTINGS

En Hastings, población del sur de Inglaterra, el gran Pedro Garfias escribió los más bellos poemas de su exilio, según los conocedores. Ahí el poeta estaba recientemente herido por la crueldad de la Guerra Civil y frustrado con angustia permanente al haber tenido que dejar su patria, sus amigos y su familia.

DE SU PRIMAVERA EN EATON HASTINGS

Del poeta que escribió
la Primavera en Eaton Hastings,
dolido por su pérdida al dejar
su vieja y nueva España
y durante la primavera de abril y mayo
de aquel año que después terminó en México
y México terminó con él.

Escribió un poema sobre Eaton Hastings
que recuerda su tristeza
pero añora una nueva soledad,
la soledad de la mujer.

Y hace remembranza en todo lo que le tocó vivir
en esa parte de Inglaterra
y pasea así como dice
“contigo en soledad perfecta,
fondo azul de colinas, y a los lados,
árboles comprensivos vigilantes”.

Y pasea y vuelve a decir
“en soledad callada
al través de un silencio transparente”.

Y vuelve otra vez
con que le pesan los párpados
y un tumulto de imágenes aparece

Pedro Garfias, por Gerardo Cantú.

pero a la postre dice:
“un pulmón de sombras me envolvía”.

Es esta poesía un grito a su juventud
y a la primavera,
es la fina matemática poética
que pinta del azul desvanecido
al lago soñoliento.

Y que cuelga las horas de colores
y la marcha presurosa por los aires,
así como él dice:
“cantar balanceándome en el viento”.

Hace versos curvos
y busca la evasión
en un cielo de hojas,
adora la naturaleza y se encierra en ella
“con sus violetas breves”.

Pero al final, como siempre,
recuerda al fuego
y purifica su existencia
con la llama que destruye, que aniquila
y que conmueve.

Y retorna
a su sutil quejido
y entonces la inocente lluvia
lame el fuego que ha destruido
y la pompa, orgullo de los prados

Este lugar es famoso porque Guillermo Primero de Inglaterra, en el año de 1066, desde Normandía, arrebató el poder a los sajones. El bello castillo, la visión del mar atlántico y las calles pequeñas llenas de calor humano fueron fuente de inspiración y reflexión. Después decidió partir a México.

la coloca en la fina, grácil
agua de la lluvia.

Y vuelve otra vez a destruir
con el fuego, pero a producir la luz
que dice
no es luz sólo
sino calor cordial y lumbre matinal.

Su mente buena y su gran corazón
le impiden que la lumbre purifique y destruya
como debiera ser
y en contrario le da el acento
del calor cordial,
lo que él llama la lumbre de aurora.

Funde su soledad en su regazo,
y ahora aparece el duro granizo fuera,
en los campos,
pero adentro, en su hogar, hay una llama
que es un corazón que palpita
y canta el esperar.

La contradicción, génesis fundamental
de su existencia,
la poesía que buscaba la luz,
el verdor, la tranquilidad y la paz,
arrastraba en su búsqueda su propia identidad.

A la realidad de la lumbre que aniquila,
de la destrucción de lo que duele más

Las calles de Hastings.

porque dejó de ser
y que jamás quería él aceptar.

Porque no sabía morir
ni sabía sufrir
y sí en la poesía, de repente,
buscaba con sombría y fina dulzura
su propia verdad.

Pronto lo nuevo, lo creativo,
imperaba sobre lo real y hacía
de la llama que consume,
un cenit glorioso.

Era su propia destrucción
un corazón que palpitaba,
porque era tan bueno que no sabía ser real,
y qué bueno que fue bueno
porque es mejor esto
que la propia verdad.

De la primavera en ese país
esperando su liberación, dejó esta poesía
que es como una mujer
que corre y viene, escapa y brinca.

Pero que nunca está sombría,
pero que nunca está tranquila,
pero que nunca voltea sus ojos
porque tiene en su fina alegría
la luz que le indica seguir adelante
y nunca postrarse de hinojos.

DE MONTERREY
Y
LA UANL

Una gira presidencial en Querétaro; un encuentro en un autobús de invitados. Mi asombro al estar sentado al lado de León Felipe. Le pregunto, queriendo congraciarme con su persona. ¿Usted es el más grande poeta que ha venido a México? Me contesta; lo fuera si no hubiera llegado antes que yo Pedro Garfias. Mi silencio por la grandeza y reconocimiento de este gran poeta a su colega, que llegó exiliado a México después de la guerra civil española.

DE SOLEDAD Y OTROS PESARES

I

Este volumen fue editado por la
Universidad Autónoma de Nuevo León,
y por esas cosas del destino,
quizás por error o por olvido frío,
en la edición no aparece el nombre del autor.

Una bien intencionada mano,
al parecer con pluma, corrige el yerro
y el libro tiene ahora formación.

Aquí el autor dedica a Monterrey
y a la universidad
la recopilación de los versos escritos
de 1918 a 1923
en *El Ala del Sur*, un poco más de
Primavera en Eaton Hasting y el resto,
como él mismo lo dice,
pertenece aquí a México y Monterrey,
“lo debo a mi segunda y amada Patria”.

Monterrey en la década de los sesenta.

MONTERREY…
DE LA SOLEDAD Y OTROS PESARES

Es entonces el poeta
luz que inquieta
y cambia su esencia, su estilo
y rompe así con la melancolía
y quizás con la vida tranquila
que la presencia y la estabilidad produjo;
esta poesía es distinta,
es alegre, es amplia y somnolienta.

Del Guadalquivir dice:
"¡Ay, río que se me va!
¡Ay, tarde que se me escapa!
…
¡Capitán, pronto, la brújula!
¡Que este río no va al mar,
que va a la luna!...

Como fue siempre el río de Pedro Garfias
que fue a la luna y en ella buscó
no tanto lo sombrío o lo tranquilo,
sino lo grande e inalcanzable.

Buscó lo que el pájaro, centella
y el viento no pueden alcanzar,
pero ahora alegre,
quería quedarse con la noche a solas
"como en un caserón abandonado".

Amado Nervo, poeta mexicano, consagrado por sus poesías publicadas en los libros *Perlas Negras y Místicas*.

Y volvía a soñar en la lluvia
que otra vez aparece,
y ya no lo obedecen las piernas,
y sus hondos bramidos son como la yerba amarga.

Escupe, habla, pide,
retrocede y se reconoce loco.
Quién no va a estar loco
cuando lo cuerdo y lo sobrio es lo trágico
y lo loco es lo poco.

Y cuando lo loco es lo que trasciende
pues hoy estamos leyendo y añorando
como dijo él:
“Ahora que el cielo absorbe la llanura
y el sol detiene absorto su carrera,
veo mi vida como loca esfera
girar de día claro en noche oscura”.

Y de paso recuerda a Nervo,
y habla de él como a la orilla de un puente
que “las cosas llegan -dice-, nos hacen daño y se van”.

Y que los pájaros cantan igual
ahora que antes,
y hay un humo de estrellas
y un resplandor de rosas
y las cosas llegan, nos hacen daño y se van.

Que tan cierto es el glorioso inmortal
de la lejanía que daña, mata y se va,

El aula magna de la universidad, Rangel Frías, rector-gobernador, la figura egregia con la fealdad morfológica; un micrófono, un discurso, poesía al viento, la voz ronca, el ceño fruncido y, bruscamente, la belleza de sus palabras, la ternura de su alma. El gran poeta está en la universidad.

porque todo tiene su luz y su soberanía,
su comienzo, su estadio y su final.

Y lo que mucho viene con amor
lejos y tarde se retira en dirección sombría
y lo que aparece con esperanza
al fin encuentra su marco real.

Oh vida, qué triste lejanía
qué imponente es el mar…

Vuelve otra vez a recordar la muerte
y en la poesía, umbral de su pesar,
recupera su forma normal
del color y de la melodía
y de Dios que él llama radiante eufonía
a la muerte alerta y ciega,
a la tristeza, a ese inmortal sosiego
nace, como dice él, la espuma.

La verdad es que son pájaros
sin rama y sin nido,
son él mismo…
y esa sangre sin calor y sin latido
es otra vez la soledad incierta.

Lo sombrío, lo triste
toma de nuevo su lugar
como él dice:
“Para mi nunca, un monte, para mi cuerpo un llano,

Lic. Raúl Rangel Frías, destacado hombre de letras, amigo y mecenas de Pedro Garfias. Fue rector de la UNL y gobernador de Nuevo León.

ríos para mis brazos, mares para mi aliento.
Tendido como un tronco en el arcano,
suspendo el corazón y el pensamiento”.

Y después traspasa los umbrales de la muerte
y vuelve a encontrarse con su vieja amiga
que tanto persiguió y que lento la alcanzó,
esa amiga que quería encontrarse
en la vida frágil e incierta que llevó.

Esa persona que él buscaba y encontró
y allí toda su ansia del vivir y del morir
que fue cautiva y gradualmente atrayéndolo
hasta lograr su propio sentir.

Pronto logró encontrarse con la muerte
y sufrir en su vivir
lo que la psoriasis enseñó
la cirrosis mató
y así pagó él lo que buscó
con umbral bajo y sin sentir la parca
que de la mano se lo llevó.

De la poesía hecha y publicada en Monterrey
resurge una alegría inquieta y fugaz
y un final sombrío y triste
como un mar…

Lic. Santiago Roel García, compañero y amigo de Pedro Garfias. Recogió muchas de sus poesías escritas en Monterrey.

M Á S
DE SOLEDAD Y OTROS PESARES
Nueva Ala del Sur

Yo nunca tuve un pueblo,
él sí lo tuvo,
en un pueblo se respira la gente
en una ciudad se le aniquila,
tuvo él una colegiata “alta como una frente”
hay ahora frases que respiran
y voces que entonan y que nos miran.

Nada queda hoy de aquellas chimeneas
que al cielo indicaban
y del calor que en su seno humano producían,
todos los pueblos conservan su cielo,
todas las ciudades destruyen el aire,
todo lo pasado pronto un recuerdo fue;
en nuestro presente sólo un futuro se ve.

Pedro tuvo una plaza
que recuerda
con dolor y con triste pureza
su lejano sentir,
esto que lo haría vivir
su perenne recuerdo
que le permitió hasta el fin sonreír.

De aquella mansión de niño
uno siempre recuerda,
muchos tuvieron la clara

Un viejo bar. Muebles de madera pulida que reflejan el brillo de la luz en un espejo. Las botellas inquietas, atractivas y a medio llenar. El poeta en una mesa, Santiago Roel, Rangel Frías con él. Tequila, cerveza y algunas bolas de leche quemada sueltas en la mesa.

y diáfana presencia de sus padres;
otros el oscuro recuerdo
de la antigua orfandad,
todo es un recuerdo
porque unos son tristes gruñidos del pasado
porque otros alegres fortalecen su presente.

¿En dónde está la justicia
que va en ríos,
tanta fuerza en el carácter
y que a otros quita
del existir, su esencia?

En aquella vieja España
Pedro tuvo también su sol
que resbalaba en las ventanas,
acariciaba las frentes
y hacía sentir el calor.

Pasó su mente,
borró su época,
el sol graciosamente se alejó,
ahora sólo hay tinieblas, penumbra,
y alguna emoción.

Los picos de las montañas
esconden ya la luz y toda la pasión,
queda la frialdad glacial de la nieve
y un viento que todo lo arrojó.

Hay mañanas y hubo paseos
por aquellas carreteras -decía él-,

...los álamos del pueblo…

rectas como una vocación.
Los paseos se han terminado,
la ciudad se comió toda la recta emoción,
ahora queda lo falaz, superficial e incierto
de la noche sin gran acción.

En aquel pueblo que paseaba
y que el sol iluminaba con gran plenitud,
nace la novia tierna, pura
y profunda en su expresión.

Una mujer era entonces
motivo de esa dicción,
Dios no lo fue, fue una diosa
que alcanzó su perfección,
de aquellos cabellos trenzos
que semejaban los “pecados”
ahora ni los mismos quedan,
permanecen o asemejan,
pues la noche ignota y fría
los guardó
como crujía al lado de un corazón.

Qué dulce y romántica poesía
la que con exquisita y delicada pureza
nos recuerda los sentidos lamentos
que formaban el eco ideal,
recto, digno y limpio
del amor que él siempre soñó.

Evoca el poeta de los Álamos del pueblo
la palidez del aliento,

Retrato de Pedro Garfias.
Obra de Alfonso Reyes Aurrecochea

de todo lo que vive y goza
y también lo que acongoja
y al final remonta
estos recuerdos de juventud
a lo que para él fue el producto
de una gran quietud;
la triste, permanente y última soledad.

Acordes cortos en su fina poesía,
habla ahora de esa mirada mía
que sangra como un surtidor,
apagado en forma fría
y encendido por su imaginación.

Trasmite la mirada aquella una flor,
arde el pensamiento bajo una lámpara.
Pide halagos para su melena
y reconocimiento para su tristeza,
hace sentir el cortejo de la risa vana,
de una voz y una mano enlutada.

Fatigadas sus manos
urden la verdad de todos los días,
encuentran sólo la inclemente tristeza
y el sombrío rechazo
de aquellos sus días.

Amanece con el sueño de una cabellera
y una hoguera en la noche
y un corazón que se pierde
y un pájaro que nace,

El poeta escribe en una servilleta y habla, gruñe con agreste carácter. Sus garabatos los recoge Roel, los guarda, al fin, pura poesía. Yo en la mesa cercana, admirando con asombro y prudente lejanía; recuerdo impreso en mi mente. Inolvidable la belleza del verbo hecho escrito.

que sueña y que se aleja
quedando todo para él como un vigía permanente.

Deja su corazón caer entre los mayas
y espera el retorno del canto
de aquel ala presurosa que se fue.
Encuentra sólo la gloria que exige
en aquella rama (de olivo)
a la que presuroso retoma
regresando a su humano redil presente.

Ritmo en su poesía matemática
fue su expresión,
cóncavos los versos
convexa siempre su melancolía.

Hoy habla de un domingo,
mañana de la luz.

De pronto un madrigal
en donde tiemblan sus horizontes
de nuevo es el eterno caminante
en que la tormenta le hace perder sus montes.

Despierta en primavera
y hace que las flores
canten y bailen como niños,
ruega así sus horas y
reencarna el plenilunio,
con una amiga vieja, la luna
y con la noche.

Pedro Garfias, por Guillermo Ceniceros.

De todo esto nace
y corre el mar
al que encadena su pecho
quitándole su afán de libertad.

Para él, el mar fue sólo una estrella
“de mil puntos en la tierra
y a él ahora en aquel angelus
que paraliza el tiempo,
que reza su victoria
y recuerda su derrota.

Se ve como un gladiador
que recuerda el valor del silencio,
calla con gran dignidad,
quemando un poco de incienso.

Ahora nos dedica un adiós
en el pájaro que vuela
y en la mirada que tiembla,
en todo lo que se mueve
y en todo lo que permanece.

Hay la claridad de la presencia pura,
de la mirada grácil,
de la diáfana honestidad
de aquella exaltación;
y siempre en lontananza
de su pensar y su sentir
clava una mirada en lo que fue su vida,
su única esperanza.

Ernesto Rangel Domene,
poeta y amigo de Pedro Garfias.

Amanece de nuevo como siempre lo fue
aun el atardecer más cruel
y en la noche de mayor tragedia
hubo para él una sonrisa
que sonaba como un “cascabel del alba”.

Despertar siempre con él
porque detrás del desvelo
está la alegría ignota
de todo lo nuevo.

No temáis a lo que viene
que siempre será mejor de lo que fue,
arrojadle, como él lo hacía,
a la claridad del cielo
y en la mañana voltead la campana
para escuchar el ruido que viene del cielo.

Los ojos vivos, la mirada inquieta,
un nuevo pesar que tan difícil será
una nueva alegría ya cantaremos
como una letanía.

Despierten, hombres del mundo,
dijo alguna vez el poeta
y si el nuestro no lo dijo,
debió haberlo dicho,
pues esa fue su única meta.

Hospital Universitario, sala general, la cirrosis hecha vejez, presencia grotesca por la psoriasis, disnea, confusión mental, los glóbulos blancos abatidos, la ¿sepsis? presente, llega la muerte. Su amigo le cierra los ojos. Vuelven a abrirse. No quiere partir, pero la parca, a quien tanto le brindó su poético exhalar, ejerció con él todas sus dotes seductoras. Al fin acepta su seducción y parte hacia la inmortalidad.

INTERMEDIO

Llora el poeta en una isla,
su mano apoya en la roca,
y el agua del mar
que su mirada absorbe
la rodea de su propia filosofía.

Llora por aquellos hombres
que están secos,
que ya no pueden dar nada más
y también por los pobres de su espíritu
que nunca ofrecen a alguien nada por entregar,
a ellos dedica sólo un poco de hiel
porque en su propio final
estos hombres
que su vida pasan sin saber por qué,
ni en la hora de su muerte
encuentran su propio dolor;
y en su ignoto perecer
piden prestado siempre
el aroma de los otros
que algo en su vida dieron
y en su muerte encontraron
un amor personal
y algo por dar.

Llora otra vez él
por aquéllos que mueren sin saber por qué,
también por los que sufren la indiferencia triste

Don Alfredo Gracia Vicente. Librero. Amigo de Pedro Garfias a quien, a su muerte en 1967, le cerró los ojos en el Hospital Universitario "José Eleuterio González".

de la muerte
en la violencia y en la crueldad.

Llora y llora sin razón
al no encontrar la explicación
de la injusta desaparición
y así su pensar envía al mundo de lo ideal
para que aquéllos vivan de nuevo otra vez.

Lamenta también la lividez
de las madres
que, como se dice, “arañan los caminos”
y con ellas les busca el porqué.

Permuta gente con pueblos
y con animales,
hace a unos mugir a la sombra del mar,
a otros soñar con una fuerte empalizada.

Se dirige nuestro héroe
a todas las multitudes
y las exhorta a vivir bien
y a la tierra descargar su propia fuente.

A los que llama transeúntes
les da una oportunidad de transitar
en la frialdad de su propio y continuo drama
y les respeta su melancolía.

Porque aquéllos -decimos él y yo-
que la vida pasan corriendo,
parecen muñecos de juegos tardíos

…Por los bosques
y por su azul del cielo…

que el amor esconden
y entregan sólo el dolor
de su propia contradicción.

Llora por todos,
por aquéllos y también por éstos,
porque todos merecen su preocupación,
su pensamiento amoroso y su poesía,
él así quiso a todos mucho
y para él no dejó ni un poco
de aquel manantial de entrega amorosa
que a todos nos dio.

No le basta el glaciar de su tristeza,
ni lamentarse por los hombres,
por los bosques y por su azul del cielo,
tampoco le daña su propia grandeza
pero sí el recordar de pronto
que está reposando en su roca
y que su tristeza, al fluir en manantiales,
puede ensuciar el mar.

Sin querer pierde la batalla
y llora sobre el mar,
el caudal aumenta entonces
y despierta la fuerza profunda
de este amigo de gran lealtad,
su pesar se diluye entonces
y su dolor aumenta
logrando así la angustia de la gran soledad.

Morelos y Zaragoza, esquina de una gran ciudad. Un hombre se tambalea, camina en zigzag. El poeta, anestesiado por el alcohol, sufriendo el dolor de no encontrar el ser o el no ser, atormentado por la realidad, se tambalea y casi se cae. Un joven, de frente amplia, Francisco Calvi, lo ayuda, lo toma del brazo y lo regresa de nuevo al bar.

MONTERREY

Era su costumbre dedicar su poesía
sus versos y sus lamentos
a aquéllos que con él compartían
momentos, vino y rezos.

A esta libre expresión
de ave que vuela sin distancia y sin tiempo,
no es posible señalarle rutas; a esta capacidad
de su cantar al dolor y al hombre.

Tiene cinco sonetos que adornan su angelus
y ordenan su desesperación,
prefiere su noche y su soledad
que nunca lo abandonaron.

Ésta es la época
en que sus piernas no lo obedecen
y en que sus hondos bramidos
no se escuchan también,
así refiere entonces
que su propio corazón es una “yerba amarga”
que él quisiera probar
ante su propio destino.

Llora el poeta sobre su propio tiempo,
siente así que ha perdido el silencio
y se llama ante él mismo

...y que las rosas en su fragancia
y las estrellas en el resplandor…

un cansado león,
pero que nunca olvida el árbol viejo
y todo su gran amor.

Hace aparecer el faro de su imaginación
que se vislumbra a través de la mundana niebla
y se duele por él mismo el no estar muerto,
se queja también de su vida inmortal que no vivió
y reconoce lo loco de su olvido.

Ve al sol detener su carrera
y su vida circula como una loca esfera
girando y cambiando sin reconfortarlo,
pero él todavía busca su antigua primavera.

Él dice que su pasado fue gris
como una sombra
y recuerda también que su memoria olvida,
prefiere entonces seguir mirando
para vencer su propia dimensión.

Glosa a veces otros poetas
y a Nervo dedica su húmedo recuerdo,
mencionando la gran verdad
que la vanidad a veces convida.

Él nos recuerda entonces
que los pájaros en todos los tiempos
cantan de igual manera
y que las rosas en su fragancia,
y las estrellas en el resplandor

Palacio Municipal de Monterrey en 1945.

continúan viniendo a nosotros
y a veces dañan nuestra realidad.

Así el hombre exclamó:
¿por qué no nos damos entonces cuenta
que nuestra propia poesía es pequeña
en la grandiosidad del más universal?

Medita y expresa una dulce letanía
para un río de aguas amargas
a quien él siempre cantó con irreal locura,
y así pide: “no me alboroten”
porque me espera con paciencia.

Refiriéndose a Dios le dice
que sabe su oficio
porque en las mañanas nos da una esperanza
y en la tarde nos da la nobleza
para que ésta flote
y camine en el río,
así espera la gran noche
que tiene entereza.

Para él dormir era llorar
porque vivió de prisa
y gozó poco pero intensamente;
reflejo de su vida fue esta emoción
que acorta distancias
y cambia el tiempo de dos dimensiones
en orfebre de tres caminos distintos.

Una cantina, vasos en la mesa, todos vacíos. Suena una guitarra. Es Ernesto Rangel; canta poesía. ¿De quién?. De su compañero de juerga permanente; del gran poeta, Pedro Garfias, lúcido en momentos, creativo en su expresión verbal. Trata de cantar, su voz es muy ronca. La disartria del alcohol le impide repetir su verso original que en el vozarrón se creó y multiplicó.

El comienzo, lo inicial,
el final, allá en la meta soñada
y lo intenso en otra dimensión.
Así, los tres completan una jornada;
todo al fin llega a la mar
y Pedro allí termina,
al agua clara y no amarga
dejó sus restos vivientes.

Así va caminando nuestro hombre
en su tiempo,
profundiza pronto su autodestrucción,
deja el orden, sólo queda la poesía,
vive de noche; muere de día.

Su corazón camina rápido y torpe,
al fin detiene su paso
y deja para nosotros
un recuerdo de penas muy frío.

Al final nos recomienda llorar
porque la risa es gloria pasada
que siguen las palomas, los bosques y el sol,
pero sólo lloran las hojas verdes
y la luna durante todo el día.

Expresa que la gente llora
porque lo tiene que hacer
pero que muy pobres son
los que a la luz del día
dejan sus perlas de tristeza
cuando en la noche esconden
el romance de su grandeza.

Obra de Pablo Picasso.

Sigue con la noche
en gran dimensión,
inalcanzable para todos nosotros;
él la entretiene jugando
y al terminar
arranca de ella una estrella.

Pronto empieza a ahondar el mundo,
primero pierde su propia luz y noche,
al amor no lo olvida,
pero su pecho ronco no responde más,
el dolor lo acompaña todo el día
y la paz del gladiador lo abandonó,
ya no se alimenta con el mar
o con las montañas y las estrellas.

Al fin se sienta
mudo… a ver pasar las horas,
con los ojos fijos
en el mundano tropel de los que van,
él se queda y los deja ir.

Como Don Quijote
inicia su loca percepción,
a él dedica versos de su identificación,
lo llama modesto y “rector de sus ideas”,
“español de cumbre y castellano de acero”,
le pide que no lo abandone
y le reitera su hermandad
y con él se transfigura.

Gerardo Cantú, destacado pintor avecindado en Monterrey desde 1950 y amigo de Pedro Garfias.

Así, don Quijote y él
piden al mundo juntos,
libertad a los presos,
justicia a los hombres ignotos
y respeto para los locos,
a él le avisa que pronto verá a Dios
sin despertar, que Dios lo goza
en su poesía que Pedro a todos dio.

Dios crea la belleza, dijo,
y al arte, su sobrino natural,
lo alimenta día a día
y así le exige fidel lealtad.

Por eso sufre en su atardecer,
porque perdió las formas y la luz
de una melodía,
pero siente “de los astros su parte negativa
y esperaba regresar y ver rodante
a su propio señor”.

Hay entonces su elegía
al silencio que segrega,
no desea resquicio de luz
para su último ruego,
así interpreta su inmortalidad
sin darse al fin cuenta
que ella está dentro de él mismo.

No quiere precipitar
su paso por el fin,

Al calor y vehemencia que el alcohol produce se inicia una discusión de la Guerra Civil Española. Gerardo Cantú, el gran pintor, increpa a Garfias y le reclama el porqué su huida al exilio y la razón de que no se hubieran detenido las ansias del dictador. Garfias encolarizado, le reclama al auditorio, yo no puedo seguir discutiendo con ese señor (personas). O se sale él o me salgo yo… De inmediato y para evitar más discusión, Gerardo Cantú abandonó la sala. Sucedido lo anterior Garfias pregunta: y ¿quién es ese maldito señor? Uno de los asistentes contesta: es el dueño de la casa donde estamos. Sonríe el poeta, perdona el pintor. Todo es comprensión y amor, una de las fases del alcohol.

que este vuelo es unánime
y todos lo damos,
repite entonces a Dios lo que él representa
y una tristeza comparte con todos,
desea entonces flotar suavemente en el tiempo
y no definir la muerte ni sus umbrales,
para así “hundirme poco a poco
con el abismo sin fondo, sin orillas y sin eco”.

Espera y desea entonces la muerte
y ella entra lentamente en su existir,
el poeta permite entonces que esa luz ignota
ingrese a su cuerpo,
en donde ya existía.

Buscó la ausencia con su presencia
y pronto Dios le enseñó
que sólo se pide lo que se entrega,
el creador nos pide luz y justicia,
y a él le dio su último ruego
y lloraron juntos el alegre encuentro.

Se perdió para el mundo su adusta imagen,
el mechón de cabellos sobre la vieja frente
y los ojos que ya no sonrieron,
dejándole a Dios su ritmo,
su belleza en el verbo
y su fina armonía,
grande y bella, que fue su poesía.

EPÍLOGO

Todo tiene un final
y sólo algunos un epílogo,
ahí se concentra todo el bien
y también todo el mal.

La gente nace en la oscuridad
y poco a poco su luz busca,
unos pasan, otros crean,
al final todos mueren.

Garfias creó e hizo luz,
cayó como la nieve en copos
y de su agua brotó la poesía,
deja abajo la tierra y su sedimento
para que los jóvenes de hoy
la usen en sus lamentos.

Pasó, corrió, caminó mucho,
varón de las letras,
libre en toda su melodía
no aspiró a nada
porque todo lo llevaba dentro.

De su riqueza que él recibió
transformó el oro en ideas,
sacrificó a su oropel por la naturaleza,
fue un hombre de cambio
y orilló a pensar en un nuevo continente.

Pedro Garfias, por Gerardo Cantú.

De sus pupilas nacía la luz
y no sólo los rayos recibió,
fue fuerte, solo y profundo,
cortés con los pobres,
los locos y los presos,
rió poco, sufrió mucho,
creó belleza trascendente
y murió nuestro hombre
con su poesía.

Muchos y grandes hombres
hablaron antes de este poeta,
unos con gracia, otros con ironía,
algunos lo amaron, otros lo respetaban
y al final todos lo admiraron
por su poesía y su vida extraña.

Ahora muerto está en su biología,
pero existe otra dimensión
que cubre la gloria y el arte
que en este mundo no hay;
en esta atmósfera incierta y muy brillante
hay, hoy y ayer una nueva estrella
que sólo late en las noches…

De un amigo de Pedro Garfias al prologar la obra "Poesías de la Guerra Española"

Memoria de una Poesía

Juan Rejano
México, D. F., julio de 1941

Es curioso: yo debo escribir ahora las palabras que corresponden a otro libro. A otro libro del autor. Pero es más curioso aún que tenga que confesar esto: no me propongo decir nada sobre la poesía de Garfias. Ni siquiera sobre la Poesía con mayúscula. Lo que yo me propongo es algo más simple y ordenado: trazar una breve historia de cosas abstractas. Hacer memoria. Apartar un falso espejo de los ojos de los lectores. (Ya lo saben ustedes: hacer memoria es, en cierto modo, hacer poesía, porque ésta, a su vez, es una memoria de memorias, un haz de relámpagos, en cada uno de los cuales hay una perdida sensación).

Quizá este propósito nazca de un contagio trasmitido por el poeta que tengo enfrente. Tampoco Garfias ha tenido la intención de escribir nada. Se pudiera decir -y se diría la verdad- que sus poemas no le han salido de la cabeza. No le han bajado a los puntiagudos labios de la pluma. ¿Se puede dar el caso de que un escritor olvide el saber escribir? Casi desde su infancia, cuantos poemas

ha compuesto Pedro Garfias los ha ido dejando entre los cendales de la memoria, eso sí: bien sujetos y trabados, como para que jamás puedan escapar de cárcel tan suave. Muchas veces se dieron al conocimiento de la gente, pero sólo por boca de su autor: en recitaciones íntimas o públicas. ¿Y no se podría decir, en última instancia, que es éste el secreto ideal de todo poeta verdadero? Ya sé que esta inhibición del oficio, esta manera de construir una poesía, puede determinar en la misma unas características especiales; pero eso es cosa que, en este instante, no nos interesa examinar. (Cuando Baudelaire pedía a los jóvenes un sacrificio cada día, una llamada diaria a la inspiración, no hablaba de la manera de traducir los resultados). Por ahora, me basta con volver a preguntar: ¿No es la vida del poeta una lucha apasionada de los sentimientos con la expresión, un ir dialogando con las lucecitas diabólicas del abismo, para dejarlas que únicamente se salgan con la suya a la hora de los signos y de la sintaxis?

La memoria suele perder, alguna vez, al hombre. A Garfias le ha sido siempre fiel, con una fidelidad ardiente, hasta en los momentos en que el dolor, propio o ajeno, nubla la cabeza. Por eso, es doblemente justo hacer esta memoria de poesía. De la poesía de Pedro Garfias. En su memoria están los versos que modeló -me iba a salir escribió- año tras año. Es preciso que nosotros hagamos memoria de ese tiempo, que será como hacerla de un espacio poético inexistente, y, en definitiva, valorar con

el contraste lo que no es necesario someter a especulación, a análisis. La pluma -es decir, el juicio- ¿para qué? Basta con el recuerdo, y, al recordar, no perder de vista en el espejo esas sombras y esos matices de segundo término que constituyen la atmósfera.

Un poeta puede permanecer en el anonimato y ser un gran poeta. Y también puede serlo gozando de popularidad. Un poeta suele pasar, muchas veces, del anonimato a la popularidad por razones ajenas a su obra. Popularidad y gloria son términos -o realidades- que se repelen en ocasiones, aun cuando, en otras, los veamos en vecindad. Para los españoles es bien elocuente, por ejemplo, el caso de nuestro Antonio Machado. El autor de *LA TIERRA DE ALVAR GONZÁLEZ* fue, casi desde sus primeros versos, uno de los más grandes poetas españoles de todos los tiempos. Sin embargo, sólo le llegó la verdadera popularidad cuando se juntaron a su alrededor circunstancias que no estaba en su mano, por cierto, conjurar: la guerra. Y no es que el pueblo español hubiese estado alejado de la obra del poeta, ni que ésta dejase de llevar en su raíz la más genuina sangre de aquél: es que nuestro pueblo, como la mayor parte de los pueblos, tenía vedado, por egoísmo de una organización social desvencijada, el acceso a las grandes obras de creación. Sólo cuando esa organización estuvo a punto de desaparecer, al menos en parte, la popularidad; esto es, el amor y el entusiasmo del pueblo llegaron sin dificultad, tumultuosamente, a la orilla del viejo creador.

Fue también la guerra quien trajo, de golpe, la popularidad a Garfias. Pero su obra, su breve y ya lejana obra, en nada se había modificado. Hace veinte años, cuando Garfias era muy joven y enredaba sus sueños en las ramas nuevas del ultraísmo, le brotaban estos versos casi milagrosamente:

Muestra desnuda su carne,
color de llama, la tarde.

En los vuelos de su manto
hay flores, frutos y pájaros.

Fulge en su puño una antorcha
Y en su hombro una paloma.
……
……
Pasa la noche su mano
Sobre la frente del campo.

Pasan las colinas lentas
desplegadas como velas.

Pasan la luna y el viento.
Quedamos tú y yo y el cielo.

Bajo esta poesía de juventud, tan sosegada y tersa como el agua que encontramos inesperadamente entre unas quebraduras serranas, qué ardorosa sed se levanta

por humanizar –por humanar, hubiese dicho Unamuno- la naturaleza, por dotarla de la angustia viva que sobrecoge al poeta, rompiendo su quietud y su misterio con las imágenes de los sueños del hombre. ¿No habría en esta sed un anticipo, una como secreta llamada del mundo que más tarde devoraría la entraña del alma del poeta?

Para no alejarnos de este casi invisible hilo histórico, lo que sí es necesario aclarar es que esta poesía tiene el aire precursor de otras poesías que, después de ella, han venido a descubrir y cimentar nuevas personalidades en la lírica castellana. Garfias perteneció, por generación y afinidad con la corriente revolucionaria poética, a los grupos ultraístas que, de 1918 a 1922, removieron un poco el ámbito literario español; incluso dirigió, cuando tenía diecinueve años, la última revista ultraista española, que se llamó *HORIZONTE* y donde colaboraron desde Juan Ramón Jiménez y Machado, hasta Espina y Jarnés, con Alberti y Lorca, que apenas aparecían. Pero la poesía de Garfias no entró jamás en los desconyuntados propósitos del ultraísmo: se lo impedía su entronque con la mejor tradición, y su propia naturaleza que, si buscaba la renovación, lo hacía dentro de esos mismos límites tradicionales. *EL ALA DEL SUR*, su único libro hasta hace unos meses, publicado en 1926, ofrece una clara prueba de ello, recogiendo los poemas aparecidos en revistas durante el período ultraísta, que apenas tienen punto de identificación con éste.

En 1939, al pasar a Inglaterra, después de la retirada del Ejército Popular Español en Cataluña, Garfias siente -al nuevo contacto con la naturaleza y en medio del contraste de una primavera de suaves estremecimientos líricos con la desgarrada visión de una patria en ruinas- que otra vez llegan a él las voces antiguas cargadas de virginales acentos, y dice con esa fuerza afirmativa que sólo posee el que está avezado al milagro poético:

Yo te puedo poblar, soledad mía,
igual que puedo hacer rocas y árboles
de estas oscuras gentes que me cercan.

Pero aún hay una más clara advertencia de este tránsito espiritual, que nace del otro tránsito de lo heroico a lo lírico:

De nuevo estoy en pie frente a mi mundo,
el mundo que creé para mis sueños.

Su mundo. El mundo poético que sus ojos y su sensibilidad crearan y recrearan, para moverse en él, como bajo unas aguas amorosas. Y, entonces, cómo le acucia el deseo de entrar de nuevo en ese mundo, de ser poseído por él y poseerlo:

Sólo quiero mirar, mirar el agua
de intimidad azul, mirar el cielo
de grises bloqueado, y a la orilla,

el bosque de frescura inmarchitable.
Mis ojos son mi vida.
Aquello que mis ojos reflejaron
vuelve a su ser de nuevo verdecido.

¿Quién negaría el lazo íntimo que une a esta poesía con aquella otra de hace veinte años? Pero ahora, flotando sobre la pureza, cuánto dolor, cuánta angustia humana, como una confirmación de la que sólo apuntaba en los días lejanos. Y, de una angustia a otra angustia, ¿con qué se llena la vida y la obra poética de Pedro Garfias?

Los versos transcritos por nosotros en la última parte pertenecen al libro *PRIMAVERA EN EATON HASTINGS*, publicado recientemente en México. Este poema lo concibió Garfias en Inglaterra, en abril de 1939. Pero de 1926 a 1939, hay muchos años ocupados por el silencio. ¿Deserción, norma de conducta, superación de una etapa, no expresada? Ya antes de publicar *EL ALA DEL SUR*, Garfias había enmudecido. ¿Las causas? Nunca se preguntan a un poeta las razones de los paréntesis de su obra. Tampoco las que se refieren a este caso, y que están en nuestro conocimiento, deben contar para esta ojeada hacia el pasado. Lo cierto es esto: que Garfias apagó su voz cuando había levantado el vuelo. Y, lo más cierto, aquello que Garfias dice a quien quiere escucharlo: “La guerra me volvió a la poesía”. ¿La guerra? ¿Guerra y poesía? Los términos se unen en esta generosa vuelta del poeta a la obra, a la vida. La guerra

española, desatada desde dentro, apoyada desde fuera, conmovió a Garfias, como conmovió a todo el pueblo, y a defender la patria, traicionada e invadida, se entregó desde el primer día. Con el fusil, primero; con la palabra, después, cuando su palabra fue más precisa que su fusil. Y así, de esta suerte, fueron naciendo, día a día, los poemas que vais a leer, poemas de guerra y para la guerra, unas veces como arengas, otras como consignas, otras como himnos a los héroes y a las glorias del pueblo, y siempre como contribución a la defensa del suelo nativo, más que como preocupación estética para continuar una obra o construir otra nueva.

Al comenzar, confesé: debo escribir ahora las palabras que corresponden a otro libro. Y es cierto. Al libro *PRIMAVERA EN EATON HASTINGS*. La tarea que había que cumplir, al hablar de Pedro Garfias, era buscar los enlaces de su poesía primera y su poesía última, justamente para que la popularidad no enturbiara la autenticidad de ambas. Para que la popularidad que le dio la guerra, acaso inoportunamente, no pudiera confundirse con la íntima, recóndita, gloria de su creación, que a tan exacta hora llegó siempre. Estas *POESÍAS DE LA GUERRA ESPAÑOLA* no son sino un puente en la obra de Pedro Garfias. Un puente, además, simbólico, por entrañable coincidencia, porque también la hora -la eternidad- de España se halla en un puente, el que va de la República por reconquistar, que nosotros, los españoles, atravesamos ahora, con el dolor y la

esperanza por compañía. No se mire, por consiguiente, esta poesía, sino en función de arma de lucha. La palabra por la cual se expresa sabe de las batallas sin armamento, de los bombardeos de las ciudades indefensas, de la furia, del hambre, de la agonía, y los innumerables hombres caídos que, en vida, la oyeron, hubieran podido testificar que, con ella, la muerte tenía un resplandor de gloria, a través del cual brillaba una extraña y dulce lucecita de amor… ¿Qué más, si eso es todo lo que el hombre que también lleva dentro el poeta puede dar a la verdad, a la poesía en el instante de perderse o de salvarse para siempre?

Pedro Garfias. Rebeldía creativa, de Luis Eugenio Todd, terminó de imprimirse en abril de 2009 en los talleres de Imprenta Universitaria. En su composición se utilizaron los tipos Times New Roman 11, 11.5, 12 y 18; Script MT Bold 18 y 24, y Edwardian Script ITC 24. El cuidado de la edición estuvo a cargo del autor. Formato interior de José Jesús de León Rodríguez y diseño de portada de Lindsay Jiménez de Jenis. El tiraje de esta edición consta de 1,000 ejemplares